

# EL DEFENSOR DEL OBRERO

## NUESTRA SEGUNDA ÉPOCA

Grandes y repetidas fueron las crisis y luchas que la Academia Católica de Cuestiones Sociales de Cartagena, tuvo que sufrir y sostener durante el tiempo que, siempre pujante, ostentó en esta ciudad la bandera católica, enarbolándola con bríos y entusiasmos, hasta que, por inescrutables juicios del Supremo Ordenador de todas las cosas, tuvo que plegarla y quedar a la defensiva en trincheras de segunda línea. Dios permitió, primero su decadencia, luego su total ruina, arrastrada con la otra sociedad católica que durante tantos años aquí tuvimos denominada Círculo Católico.

Ni es caso de hacer en estas columnas su historial, ni oportuno narrar las vicisitudes y amargas devoradas, detallando las causas de tantos desastres para los intereses católicos de esta populosa y cristiana ciudad. Echemos un velo sobre lo pasado que tan absurdo como lamentable resulta.

Al desaparecer el Círculo-Academia Católica de Cuestiones Sociales de Cartagena, desaparecieron como hijas devoradas por su madre, las instituciones que compendia la Academia, nacidas al calor de ella y nutridas con su savia: la Caja de Ahorros y Préstamos, los Sindicatos Profesionales Obreros y otras hijuelas de ella dependientes, que por razón de su fundación, organización y reglamentos, no podían subsistir sin aquélla.

Pero si dichas instituciones tuvieron tan triste desenlace, no ocurrió del mismo modo al periódico «El Defensor del Obrero» que, comprendiendo los señores componentes de la Comisión liquidadora de la fenecida sociedad la necesidad y derecho que el obrero tenía a su defensa y viendo la posibilidad de que continuara este quinceañero su campaña, asociándolo a otro también católico y en nada opuesto a sus doctrinas, votaron la unión que hoy aparece ante nuestros lectores, entregando a su antiguo fundador, el director de «El Arco» los restos de lo que fué para él símbolo de ideales y entusiasmos idealistas de algo que empezó y no llegó a la cumbre por causas que todos debemos llorar.

Bajo los titulares que encabezan esta hoja caben las defensas justas y cristianas que obreros honrados, que suspiran por su mejoramiento moral y material, nos propongan. Aquí les esperamos con los brazos abiertos deseando poder remediar por medio de nuestras plumas su triste condición.

Y al ofrecernos a ellos, sentimos la satisfacción de que podremos más intensamente propagar la doctrina inimitable del primer obrero, del padre de los obreros, del obrero por excelencia que honró y dignificó el trabajo: de Jesús, el carpintero de Nazaret.

M. T. Rto

## Ventajas del obrero

Al ver un albañil junto a la acera comiendo con deleite tomates aliñados con aceite para postres de escuálida puchera, todo burgués de ardiente fantasía jura que cambiaría un cubierto de a duro, preparado por hábil cocinero, por aquellos manjares, que al obrero le están sabiendo a gloria de seguro. Pero no entra en las mentes del poeta que si el otro feliz come con gana es porque se ha pasado la mañana con el cubo, la llana y la piqueta... ¡Y eso, que es lo que aviva al apetito, ya no es tan agradable ni bonito!

SINERGO DELGADO.

## Estudios Sociales

No puede ponerse en duda que progresamos, si por progreso hemos de entender el afán inmoderado que nos anima y excita a investigar los secretos de la naturaleza, a hendir los aires con audacia inconcebible y a penetrar en los hasta hace poco ignorados, parajes que el mar defiende en sus entrañas con la coraza de sus olas.

Todo esto es ya poco menos que nada ante la luz del progreso humano que todo lo alumbra con sus investigadores rayos. Y este progreso es sano y legítimo, y merece el aplauso y el concurso de todo el que anhela el bien social.

Pero, si por progreso hemos de entender el desenfreno que a nuestra sociedad anima, dándole energías artificiales; si con esta mágica palabra que conmueve hoy todos los resortes sociales entendemos la fuerza que rompe todas las cadenas que aprisionan a la bestia humana en las estrechas cárceles del humano respeto, ya que por desdicha hoy no puede hablarse, entre los intelectuales al uso, de respetos ni consideraciones a las leyes divinas, como si éstas no existieran, o como si fueran figmentos de razones atrabiliarias que se propusieran cortar los vuelos de la actual sociedad; si por progreso entendemos la irrupción de todas las pasiones meramente animales y el desenfreno más vergonzoso, ¡oh! entonces no cabe dudar que el mundo marcha, que se acerca al ideal soñado entre delirios calenturientos, que real y verdaderamente progresamos.

Quien lo dude puede adquirir la certeza absoluta de nuestro adelanto dirigiendo su vista a la nación que no vacila en ofrecerse como madre del progreso, a la maestra de las naciones latinas de la que todo se copia, desde la incitante y salica al par que ridícula *jupe culotte* o falda pantalón—si hemos de abominar del galicismo—hasta la vejatoria e inicua ley separatoria de la Iglesia y el Estado, que alguna ridícula nación latina imitó entre gestos simiescos, y que otras plagiarías se disponen a copiar...

Miradla: entre arrogancias con los débiles y bajezas con los potentes no

puede menos de mirar con espanto la disminución aterradora y pragueiva de su población que, libre de todo freno religioso, se suicida paulatinamente entre espasmos de abusos genésicos y entre alaridos de operaciones quirúrgicas vergonzosas.

Esa es la que copiamos; la impúdica que en el transcurso de algunos lustros verá convertidas en silenciosos cementerios sus pobladas ciudades; la que siente flaquear el edificio social porque las columnas de su Ejército y Marina están corroidas por insensata labor; la que pone odios de muerte y barreras infranqueables entre ricos y pobres; la que persiguió ministros sagrados, profanó templos y pulverizó imágenes.

No parece sino que la maldición divina ha decretado que sobre sus ruinas se siembre la esterilizadora sal.

Porque, si lo hasta aquí apuntado parece poco, también labora para su total ruina lo que se ha dado en llamar la dipcomanía, el vértigo de la embriaguez, el deseo de dejar de ser racional por espacio de algunas horas para convertirse en inmundicia y risible bestia.

Los habitantes de París, Marsella, Tolón y otras ciudades francesas, tienen ya como cosa de poca monta los excesos del alcohol y sin que les preocupe los perniciosos efectos, buscan sensaciones más fuertes y abotargamiento más profundo en el envenenador opio, dándose el caso de que las autoridades se han visto obligadas a prohibir la venta de tan activo tóxico.

Y como es habitual en nosotros copiar cuanto por allí se hace, bueno es declarar que debe preferirse el atraso a tal progreso que sólo conduce a la total despoblación de la nación, o a convertirla en una inmensa casa de locos.

E. HURTADO

## HEROISMO

### RELATO HISTÓRICO

El barco aquí llamábase el «Remus» y era uno de esos vapores de la Compañía Transatlántica que hacen la carrera de Barcelona-Manila.

Ya se habían pasado los peligros del Océano Indico y del mar de la China. Los dos monstruos azules habían acariciado con ímpetu de espuma los cascos de la nave, que se perdía a lo lejos, costeano entre crepúsculos de fuego las islas de la Sonda.

El vapor tenía muchos pasajes de cámara, varias familias de marinos, negociantes españoles y holandeses, un inglés que iba a Mindanao, en representación de una empresa minera recién lanzada en el Stock de Londres, y un Padre jesuita.

Durante la travesía, el sacerdote, afable y cortés, se había captado la simpatía de muchos, no sin levantar por eso cuchicheos y protestas entre los pocos; cuchicheos y protestas de esos que no tienen más razón que el es-

estúpido porque si de los que las formulan; sospechas de planes maquiavélicos en el inglés, que pensaba en su fuero protestante:

—¿A qué vendrá ese fraile? ¡Un! ¡Pobres isleños!...

Como digo, el viaje había sido felicísimo y el «Remus» entraba en el mar de Joló. Pero allí las oleadas verdes se hinchaban y se encabritaban, como manadas de hipógrifos acuáticos.

¿Qué dice el mar en su febril idioma a la nave que singla? ¿La arrulla o la insulta o amenaza? ¡Misterio!

De pronto los hipógrifos verdes de espuma y grupas de cristal, trábanse en desafortada batalla; el huracán los azuca, chócense, trépanse los unos sobre los otros, muérdense y desgárranse, y caen unos y saltan otros, furibundos siempre.

Y el «Remus» pasa entre ellos empujado de aquí, tironeado de allá, entre estertores de la hélice y alaridos de espanto.

Y la lucha no cesa y las olas se arremolinan cada vez más con mayor furia. El vapor se halla cerrado, aprisionado, envuelto en un vértigo de aguas; las oleadas crecen, amontónanse y desplómanse, arrancándole pedazos y girones.

¡Pobre «Remus»! ¡Allá va, allá va!...

El capitán lo ve todo perdido. Los pasajeros se agrupan y acurrucan con terror.

Sólo uno está tranquilo: el jesuita. El inglés lo mira en silencio, con envidia y rabia. ¡Un jesuita español, más imposible que un inglés!

*Too hard! too hard in ded!*

Los holandeses y algunos otros achacaban a ese ouervo la causa de la desgracia del barco y tratan a media voz de la conveniencia de echar al agua al fraile papista. Este reza tranquilamente su rosario y pide a Dios por todos.

El capitán y el timonel en el castillete de proa, observan la costa de las islas y están muy cerca tal vez... pero ¡ay! ¡una commoción feroz ha estremecido el barco! se columpia su proa con sacudimientos horribles; un crujimiento inaudito ha serpentado por la mole del «Remus».

—¡Choque!  
—¡Un escollo!  
—¡Agua!  
—¡El buque hace agua!  
—¡Perdidos!

Y sobre el mar flotó por un instante un concierto desgarrador.

Luego a la orden de «¡botes al agua!» dada por el capitán, precipitose a ellos la marinería y largáronlos sobre las grupas de las olas.

No había tiempo que perder. —¡Primero las señoras y los niños! ordenó, revólver en mano, el capitán. ¿Se salvarán en los botes? A lo menos en ellos la esperanza sonreía.

Seis eran. Todos se hallaban ya llenos, atestados. Sólo faltaban dos personas por embarcar: el jesuita y el capitán.